

cobinos. Asi dan un mal ejemplo. Alejandro es el menos hostil de todos. Ya se ha vengado, y ademas es bueno, aunque astuto. Los austriacos son cual les he visto siempre, humildes en la adversidad, insolentes y sin corazon en la fortuna. Casi me obligaron á tomar su hija, y ahora obran como si no lo fuera de ningun modo. Schwarzenberg está plenamente de parte de los emigrados, y Metternich de los ingleses. Mi suegro no les pone coto. Ya veremos si les permite llegar á las últimas extremidades. La emperatriz espera lo contrario. Asi ingleses como prusianos ansian la consuncion de Francia. Sin embargo, aun no se ha concluido todo. Se aspira no mas que á anularme, por conocer que solo yo puedo restaurar nuestra fortuna. Creedme; no tengo apego al trono. Soldado nací y puedo volver á ser ciudadano. Harto conocéis mis gustos. ¿Qué me hace falta? Un pedazo de pan, mi vivo, y seis pies de tierra, si muero. Verdad es que he amado y amo la gloria... pero la mia está al abrigo de la mano de los hombres... Si deseo mandar algunos mas dias, solo es por restablecer nuestras armas, y por arrancar la Francia á sus implacables enemigos. Bien habeis hecho en no firmar nada, pues no me prestara á suscribir las condiciones que los hubiesen impuesto. Honrosamente las pueden aceptar los Borbones, pues se les brinda con la Francia por ellos formada. A mi no me es posible. Caulaincourt, nosotros somos soldados. ¿Qué importa morir si es por tal causa? Fuera de que no creais que aun ha fallado la fortuna definitivamente. Si aqui tuviera yo mi ejército ya hubiera atacado, y todo se terminara en dos horas, porque el enemigo está en posicion de perderlo

todo. ¡Qué gloria la de ahuyentarle, qué gloria para los parisienses la de expulsar de su ciudad á los cosacos, y entregarlos al paisanaje de Borgoña y de Lorena, que los remataria por completo! Mas no es mas que un retraso. Pasado mañana tendré los cuerpos de Macdonald, de Oudinot, de Gerard, y si se me sigue yo cambiaré la faz de las cosas. Los gefes del ejército están cansados, pero la masa irá adelante. *Mis viejos bigotes de la Guardia* darán el ejemplo, y no habrá soldado que vacile en seguirlos. Dentro de algunas horas, mi querido Caulaincourt, puede mudar todo... ¡Qué satisfaccion...! ¡Qué gloria!...

Despues de estas palabras pronunciadas con cierta mezcla de reposo y de arrebatamiento comunicativo, Napoleon envió á Mr. de Caulaincourt á descansar, y por su parte cayó en un profundo sueño.

Todo el dia siguiente, 3 de abril, pasólo en revistas y preparativos, y ora absorto en sus reflexiones, ora con el rostro animado y la llama del genio en los ojos, parecia llenísimo de un proyecto vasto, á cuya ejecucion ansiaba dar principio. En tan supremo instante no resistian las tropas á su presencia, y aunque extenuadísimas á su llegada, al divisarle gritaban *viva el emperador!* con cierta especie de frenesí. Al referirseles á los veteranos de la Guardia con la credulidad de los campesinos, que París habia sido entregado de resultas de una traicion infame, se exaltaban de ira, y no mostraban mas afan que el de arrancar la capital de manos de los traidores. A la verdad, estos sentimientos peculiares de los soldados y de los oficiales de filas no eran comunes, segun ya hemos di-

cho, á los estados mayores. Entre éstos se habian deslizado los emisarios procedentes de París y divulgaban que, estando Napoleon legalmente destituido, los que seguian bajo su mando no servian mas que á un rebelde y figuraban como cómplices de la rebeldía; que ya era tiempo de abandonar al hombre, que habia perdido á la Francia, y los perderia tambien á ellos, si no se separaban de su lado, y se unian al gobierno paternal de los Borbones, dispuestísimo á abrirles los brazos; que solo con este gobierno se lograria la paz, dado que Europa estaba resuelta á acabar con Napoleon y sus parciales; que al abandonar el ejército un campo, que no era mas que el de la rebelion ya al presente, conservaria sus grados, pensiones y dignidades, y en suma, gozaria á la sombra de un trono tutelar de la gloria adquirida y no disputada por nadie; que de otro modo se veria envuelto por cuatrocientos mil enemigos y destruido hasta el último hombre. Este lenguaje penetró fácilmente en el alma cansada y llena de zozobra de los principales caudillos, y provocóles á un desenfreno singular, no solo contra las faltas políticas de Napoleon, harto efectivas y desastrosas, sino contra sus supuestas faltas militares. A darles crédito, ya no éramos que un aventurero que habia encontrado una rica mina, y abusado de ella hasta agotarla. En 1813 no habia hecho mas que cometer errores, y en 1814 de igual modo, y aun recientemente se habia engañado con ir á buscar á Saint-Dizier á un enemigo, al cual se habia de buscar en París. Ahora ya mas extravagante que nunca por consecuencia del infortunio queria dar una postrera batalla, y llevar como al matadero á las reliquias de

sus tropas. En buen hora diérase una postrera batalla, si era para restablecer el honor de las armas, y sobre todo para salvar á Francia. Pero Napoleon en su cólera contra los parisienses habia resuelto darla en mitad de París, según las apariencias para matar á tantos parisienses como austriacos, prusianos ó rusos.—Esto decian al divulgar con perfidia la especie de una batalla dentro de París, á fin de hacer aun mas odiosa la suprema tentativa imaginada, y admitiendo que no se podia rehuir un postrer esfuerzo, si habia probabilidad de que redundase en provecho de Francia, se preguntaba con sobresalto á veces fingido, y á veces sincero, si no era preciso ser loco ó bárbaro para querer trasformar á París en un campo de batalla, y facilitar así á los soberanos el pretesto legítimo de hacer de la capital de Francia una nueva Moscou.—

Estas especies habian llevado á colmo la agitación de los estados mayores, y mientras que un verdadero furor patriótico animaba á la Guardia, y de la Guardia se trasmitia á las filas inferiores del ejército, un sentimiento diametralmente opuesto animaba á los estados mayores y á sus gefes. Durante el día 3 de abril aumentóse esta doble corriente de ideas contrarias, bajo la influencia de las comunicaciones recibidas ora de París ora de los puestos avanzados.

Al día siguiente, esto es, el 4 por la mañana, al fin pareció Napoleon resuelto á emprender su maniobra. Con Mr. de Caulaincourt expresóse de una manera positiva. Próximos estaban á llegar los cuerpos de Maedonald, de Oudinot, de Gerard, y concediéndoles este día de descanso, juzgaba que el 5 ó á mas tardar el 6 podría atacar al enem-

con setenta mil combatientes. No le parecía el éxito dudoso. Muy temprano expidió órdenes para que se pusiera toda la Guardia en movimiento, y marchara á situarse detrás de Marmont y Mortier junto al Essona, á fin de apoyar la operacion y de dejar sitio desocupado á las tropas que llegaran sucesivamente. Despues de pasar revista á los cuerpos que iban á partir hizo que á su alrededor formaran círculo así oficiales como sargentos, y con su voz vibrante les dirigió estas enérgicas palabras: «Soldados, ocultándonos tres marchas, se ha hecho dueño de Paris el enemigo. Preciso es expulsarle. Indignos franceses, emigrados, á quienes tuvimos la debilidad de perdonar un dia, han hecho causa común con el extranjero y enarbaldado la escarapela blanca. ¡Infames! Se les dará el premio de este nuevo atentado... Juremos vencer ó morir, y vengar el ultraje hecho á la patria y á nuestras armas.»—[Lo juramos! respondieron con ardor aquellos viejos oficiales apasionados por su bandera, y fuéronse á propagar la llama que encendia sus pechos entre las filas de sus soldados. Al desfilar prorumpieron las tropas en fanáticas aclamaciones.] Terminada esta escena volvió á subir Napoleon la escalera de palacio, siguiéndole una multitud de oficiales, animados del sentimiento que acababa de estallar los unos, y de sentimientos diametralmente contrarios los otros. Inmediatamente formaron grupo alrededor de los mariscales, y allí no hubo más que un grito, para expresar que la resolucion de jugar su existencia y la de Francia en una postrema locura estaba evidentemente adoptada, y que ocasion era de impedir la declarándose

en contra de semejante acto de demencia. No hubo quien no pensara de esta suerte, si bien faltaba que alguno se determinara á tomar la iniciativa. Los ayudantes de campo rodearon á los generales, los generales á los mariscales, y excitándose unos á otros, al punto pidieron que sus gefes negasen la obediencia. De llegar acababa el mariscal Macdonald, y aun no habia abandonado su cuerpo, cuando al apearse del caballo, cubierto con el barro de los caminos, se le entregó una carta de Beurnonville con el equivocado sobrescrito siguiente: *Al Mr. el mariscal Macdonald, duque de Ragusa.*—Marmont, á cuyas manos habia llegado la carta, á causa del titulo de duque de Ragusa puesto en el sobrescrito, leyóla, y conociendo que iba destinada al mariscal Macdonald, se la remitió de seguida. Esta carta conjuraba á Macdonald en nombre de la amistad, en nombre de su familia, á la cual amaba con ternura, y se pintaba como expuesta á perecer entre las llamas de la capital, á que se separase del tirano que no era ya más que un rebelde, para entregarse al gobierno legitimo de los Borbones, que iban á regresar á Francia con la paz en la una mano, y la libertad en la otra. Macdonald habia conservado en el corazón los sentimientos del ejército del Rhin, se hallaba con enojo de lo que habia presenciado y padecido en las dos últimas campañas, y amaba apasionadamente á sus hijos. Noticias acababa de saber de ellos, segun las cuales se hallaban en Paris; y de resultas se le afligió el alma. Le rodearon muchos y le dijeron que se debía unir á sus compañeros los mariscales, y coadyuvar á poner término á un reinado odioso é insensato. Así lo prometió sin pedir más que

tiempo de vestirse un traje mas decente. De este modo llegaron hasta la puerta del gabinete de Napoleón y animados aun al extremo de no querer ya abandonar la antecámara, con ánimo de velar por los mariscales y defenderlos, si el emperador los mandaba prender á consecuencia de la escena que iba á tener lugar allí mismo. Y en esta especie de motin hubo oficiales harto extraviados para aventurar la especie de que habría que desembarazarse de la persona de Napoleón, si lo requería el caso (4). En suma, se renovaba el espectáculo de una de aquellas revueltas de la soldadesca, de que el imperio romano habia suministrado tan odiosos ejemplos. Y fuerza es reconocer que digno era de acabar en medio de una sedición militar este reinado tan deplorablemente belicoso!

Al fin entraron los mariscales. Lefebvre, Oudinot y Ney eran, y se les iba á juntar Macdonald de seguida. En torno de Napoleón hallaron al mayor general Berthier, á los duques de Basano y de Vicenza, y á algunos otros personajes eminentes. Napoleón se acababa de quitar el sombrero y la espada, y andaba y hablaba en su gabinete con mas vehemencia que de costumbre. Tristes se mostraban los mariscales, y confusos, y sin atreverse á proferir una palabra. Adivinando lo que ocultaba su silencio, y queriéndoles obligar á romperlo, Napoleón les preguntó si de París habian recibido noticias, á lo cual respondieron que las tenian re-

(4) Este detalle lo sé por festigos de vista, personas de sumo respeto, á las cuales no puedo citar, si bien pueden ser enumeradas entre las mas honradas de su tiempo.

cientes y muy malas. Acto continuo les pidió su dictamen, y contestaron que lo acontecido era muy doloroso, muy lamentable, y que lo mas desconsolador era que á situacion tan cruel no se le veia el desenlace.—El desenlace, repuso Napoleón, depende de nosotros. Ya veis á esos valientes soldados, que no tienen que salvar grados ni dotaciones, sin mas pensamiento que el de marchar y morir por arrancar á Francia de manos del extranjero. Fuerza es seguirles. Divididos están los aliados entre las dos márgenes del Sena, cuyos puentes principales son nuestros, y dispersos dentro de una ciudad inmensa. Perdidos se hallan si en esta posicion se les ataca briosamente. El pueblo parisiense está alterado, no les dejará partir sin perseguirlos, y les rematará el paisanaje. Pueden volver sin duda; pero Eugenio viene de Italia con treinta y seis mil hombres; Augereau tiene treinta, Suchet veinte, Soult cuarenta. A mi lado voy á llamar la mayor parte de esas fuerzas; aqui tengo setenta mil hombres, y con tal masa, lanzaré hasta el Rhin á cuantos salgan de París y quieran volver. Salvaremos á Francia, vengaremos nuestro honor, y entonces aceptaré una paz moderada. ¿Que se necesita para lograrlo? Un postrer esfuerzo, que os permitirá gozar en reposo de los afanes de veinte y cinco años.—

A pesar de lo claras, no parecieron estas razones del agrado de los presentes; y así objetaron á Napoleón que, si era legitimo querer dar una última batalla, bien que en el caso de que pudiera ser provechosa y no diera ocasion á una catastrofe irremediable, se resentia de horroroso darla dentro de París y convertir á nuestra capital en otra Mos-

con. A este argumento replicó Napoleón que se le calumniaba al suponer que se quería vengar de los parisienses; que no aspiraba á hacer de París un campo de batalla; que cogía al enemigo allí, donde se le entregaba la Providencia, y que en la posición en que se hallaban los aliados, por necesidad serian destruidos. Entónces, dirigiéndose á Lefebvre, á Oudinot, á Ney, les preguntó si tenían deseo de vivir bajo los Borbones. — En vivas exclamaciones prorumpieron al escuchar esta pregunta, y Lefebvre, con la violencia de un antiguo jacobino, dijo que no deseaba tal cosa, y era sincero. Ney se espresó con increíble vehemencia, y expuso que ni bienestar ni aun seguridad podrian hallar sus hijos bajo los Borbones, y que el único soberano apetecible para ellos era el rey de Roma. — ¿Y creéis acaso, repuso Napoleón, que mi abdicación aseguraría á vosotros y á vuestra prole la ventaja de vivir bajo mi hijo? ¿No se os alcanza cuanta astucia y mentira hay en esa idea de una regeneración á favor del rey de Roma, forjada para apartarnos de mi lado, y para perdernos con dividirnos? Mi esposa y mi hijo no se sostendrán ni una hora, y tendreis una anarquía, que á la vuelta de dos semanas vendrá á parar en los Borbones... Además, hay secretos de familia que no puedo sacar á plaza... El gobierno de mi muger es imposible. Napoleón aludia á las razones que le indujeron á la debilidad de Maria Luisa, que conocia muy á fondo. Pero así como los mariscales prorumpieron en denegaciones violentas, cuando les habló Napoleón de vivir bajo los Borbones, se callaron cuando les habló de su abdicación y de las consecuencias

que podría traer consigo, no atreviéndose á decir y sí dejando adivinar que la abdicación era lo que deseaban en sí. Lo comprendió Napoleón, aunque sin darse por entendido. En esto llegó Macdonald conmovido, turbado de resultas de cuanto había sabido, con la carta de Beurnonville en la mano. — ¿Qué nuevas nos traéis? le dijo Napoleón. — Muy malas, respondió el mariscal. Se da por seguro que en París hay doscientos mil enemigos, y que allí vamos á dar batalla. Esta idea es horrosa. — ¿No es tiempo de acabar todavía? — No se trata, repuso Napoleón, de dar batalla en París, sino de sacar provecho de las faltas del enemigo. — Se discutió sobre la materia, y preguntando Napoleón qué carta era la que tenía en la mano, le dijo Macdonald. — Señor, para vos no tengo secretos, leedla. — Ni yo para ninguno de vosotros, replicó Napoleón; que se lea en voz alta. Mr. de Basano cogió la carta y leyóla con turbación, con la angustia de un súbdito aun tan respetuoso como fiel á su soberano. Con desdenosa tranquilidad oyó Napoleón esta lectura, y de seguida sin quejarse de la franqueza del mariscal Macdonald, repitió que Beurnonville y sus iguales no eran mas que unos intrigantes, que aspiraban á operar una contrarrevolución á medias con el extranjero; que dejarían á Francia destruida y debilitada para siempre; que, lejos de pacificar á Francia los Borbones, la pondrían en confusión muy luego, á la que, sin mas que un poco de perseverancia, sería fácil cambiar esta situación en el término de dos horas. — Si, repuso Macdonald, siempre con el corazón traspasado de dolor ante la idea de una batalla dentro de París; si se podría cam-

bien acaso, pero batiéndonos en nuestra capital reducida á cenizas, y probablemente sobre los cadáveres de nuestros hijos.—Además, sin atreverse á decir que desobedecería personalmente, declaró el mariscal que no se tenía seguridad de la obediencia de los soldados. Ney pareció confirmar esta sospecha. Llegados así al límite que separa el respeto de la rebeldía, sobre los soldados cargaban los mariscales la negativa á la obediencia que solo estaba en la mente de ellos. Napoleon conociólo y dijo arrogante.—Si los soldados no os obedecen á vosotros, me obedecerán á mí, y sin mas que decirles una palabra, los llevaré donde sea de mi agrado.—Acto continuó, con una altivez que no admitía réplica alguna, añadió lo siguiente:—Retiraos, señores, voy á deliberar y os daré á conocer mis resoluciones.—

Todos salieron asombrados de haberse manifestado tan atrevidos, aunque se mostraron muy poco, y tan maravillados de su valor que se jactaron delante de sus ayudantes de campo de haber rasgado todos los velos, haciéndose así mucho mas culpados que lo que lo habian sido realmente (4).

(4) Se ha dicho, se ha escrito, se ha repetido bajo todas las formas, que la escena ocurrida el 4 de abril por la mañana en el gabinete del emperador, fué una escena de violencia llevada hasta la amenaza, hasta casi arrancarle su abdicacion á la fuerza. Yo he tenido á la vista las memorias inéditas de los dos testigos mas respetables de esta escena; he recogido los recuerdos de testigos oculares y fidedignos, y he adquirido el convencimiento de que las relaciones esparcidas acerca de este punto, son pura patraña. Sustancialmente la escena sin duda tuvo por objeto y por resultado arrancar á Napoleon su abdicacion condicional, mas en la forma no pasó de la medida

Se retiraron á esperar el resultado de esta escena extraordinaria á todas luces, pues nunca osaron dirigir la observacion mas leve á Napoleon todopoderoso, cuando quizá bastara una palabra para detenerle en los derrumbaderos que arrastraban á abismos.

Napoleon este dia no necesitaba mas que dar un paso fuera de su gabinete, para apelar de los mariscales á los coroneles y á los soldados, y hallara servidores entusiastas prontos á seguirle donde quiera, y hasta prontos á desagraviarle de servidores ingratos y ya con hartura. Mas querer que á la sazón plantara á la puerta de su palacio á todo un estado mayor, formado de generales y de mariscales que le habian prodigado su sangre por espacio de veinte años, y que compusiera otro con coroneles y comandantes, era sobrado pedir aun al carácter mas enérgico y mas resuelto.

A solas con Berthier y con Mr. de Caulaincourt y de Basano, soltó Napoleon la rienda á la ira que habia reprimido hasta entonces.—¿Los habeis visto, me dijo, ardientes cuando se trataba de no vivir bajo los Borbones, silenciosos cuando les hablé de mi abdicacion? Esto es, en efecto, lo que desean, por lo que la reduzco en el presente relato. Las versiones exageradas, cuya exactitud contradigo, tuvieron por origen muy triste las jactancias de algunos personajes militares, que, por hacerse valer algunos dias mas tarde, se declararon mas culpados respectó de Napoleon de lo que lo fueron realmente; conducta de que les pesó mucho al otro año. Estas jactancias, mas exageradas todavía por los propaladores de rumores falsos, dieron margen á las versiones inexactas sobre esta materia, y estoy seguro de que la verdad se reduce á lo que acabo de exponer.

que se les ha persuadido de que, descartada mi persona, bajo mi hijo podrán gozar las riquezas que les he prodigado. ¡Pobres espíritus que no ven que entre los Borbones y yo no hay nada, que mi muger y mi hijo no son mas que una sombra, destinada á desvanecerse á los pocos dias ó á los pocos meses!—Luego quejose Napoleon del atrevimiento de leer en su presencia una carta tan inconveniente como la de Beurnonville, y habló á la larga de la debilidad y de la ingratitud de los hombres. Mr. de Caulaincourt procuró calmarle, diciéndole que el mariscal Macdonald era varon del mas noble carácter, y solo habia enseñado la carta porque Napoleon se la habia pedido; que la repugnancia á batirse dentro de París, si era pretesto en boca de unos, expresaba un sentimiento grave y sincero en boca de otros; y añadió que la idea de una abdicacion en favor de su hijo se hallaba muy divulgada, y además era la única base que aun podia servir de origen á negociaciones.

Vuelto Napoleon muy pronto á aquella indiferencia superior con que los espíritus levantados se sobreponen á los sucesos, confesó que su abdicacion en provecho del rey de Roma, era la idea del instante; que tal vez encerraba una satisfaccion debida á las almas desasosegadas, y declaró que estaba dispuestísimo á hacerla, para que se convencieran de la nulidad de una combinacion de tal especie.—Desde ahora consiento, dijo á Mr. de Caulaincourt, en que volvais á París para negociar sobre esta base, y en que vayan con vos los mariscales mas enamorados de este proyecto; me desembarazareis de ellos, lo cual no es pequeña ventaja, porque aqui tengo con quien relevarlos,

y mientras entretengais á los aliados con esta proposicion nueva, yo marcharé y lo acabaré todo espada en mano. Menester es que partais pronto, pues dentro de veinte y cuatro horas no podreis cruzar la linea de las avanzadas.—

De consiguiente, Napoleon adhirióse bien pronto á la proposicion de abdicar en provecho de su hijo, como un nuevo modo de ganar dos ó tres dias, de adormecer la vigilancia del enemigo, de satisfacer á sus mariscales, y de desembarazarse de dos ó tres de ellos que habian llegado á ser demasíadamente importunos. No obstante, añadió, que si se otorgaba la regencia de su muger en provecho de su hijo con condiciones honrosas, á la par que afianzadoras del mantenimiento de este nuevo orden de cosas, era posible que aceptara. A pesar de este lenguaje habia muy poca probabilidad de éxito para la negociacion que se proponia interrumpir acto continuo á cañonazos.

Despues de dar asi esta nueva faz á la situacion de repente, se trataba de escoger á los hombres encargados de acompañar á Mr. de Caulaincourt á París. Mr. de Caulaincourt llevara de buen grado á Berthier para dar valor á las consideraciones militares, y á Mr. de Basano para atenerse á la mente de Napoleon lo mas posible. Pero Napoleon no quiso que se le hablara ni de uno ni de otro. Berthier le era indispensable para transmitir sus ordenes á las tropas. De Mr. de Basano dijo que a pesar de ser muy inocente de las últimas guerras, por responsable pasaba á los ojos del público y de los soberanos. Solo consintió en el envio de Mr. de Caulaincourt, acompañado de dos ó tres mariscales. En Ney penso de pronto.—No hay hom-

bre mas valiente, dijo; pero no faltan quienes se batan ahora con no menos arrojo, y me desembrazareis de su persona. Sin embargo, no le perdais de vista, porque es un niño. Si cae en manos de Talleyrand ó de Alejandro es perdido, y ya no podreis hacer nada. Llevad á Marmont, que me es afecto, y sostendrá bien los derechos de mi hijo. De seguida, volviendo sobre lo dicho añadió:—No, no os lleveis á Marmont, me es muy necesario junto al Essona. Entonces se propuso á Macdonald, que gozaria de mas crédito que Marmont porque nunca habia pasado por lisonjero, y que además, como hombre de bien cumplido defenderia los intereses que se le confiaran como suyos propios. Napoleón se adhirió á estas proposiciones; por sí redactó el acta de abdicacion condicional, con aquel tacto y aquella altivez de lenguaje que caracterizan todos los documentos emanados de su pluma, y mandó que volvieran á entrar los mariscales.

—He reflexionado, les dijo, sobre nuestra situacion y sobre lo que se os ha imbuido, y he resuelto poner á prueba la lealtad de los soberanos. Ellos suponen que soy el único obstáculo para la paz y la felicidad del mundo. Pues bien, pronto estoy á inmolarme para que esa prevencion venga á tierra, y á dejar el trono, si bien á condicion de transmitirlo á mi hijo, que estará bajo la regencia de la emperatriz durante su minoria. ¿Os conviene esta proposicion?—Al oír estas palabras, los mariscales, á quienes esta solucion sacaba de embrazos, y á quienes además convenia sobremañera, porque mas amaban vivir bajo una muger y un niño que eran suyos, que bajo los Borbones que

les eran absolutamente extraños, prorumpieron en gritos de gratitud y de admiracion, cogieron las manos á Napoleón, se las estrecharon con emocion viva, exclamando que no habia sido mas grande en ninguna época de su existencia. Despues de estas manifestaciones, que recibió con satisfaccion mediocre, sin dejarles entrever su pensamiento, les dijo:—Ahora que acabo de condescender á vuestros deseos, estais obligados á defender los derechos de mi hijo, que son los vuestros, y á defenderlos, no solo con la espada, sino con vuestra autoridad moral.—De seguida les anunció la eleccion de dos de ellos para acompañar á Paris al duque de Vizenza, y para ir á negociar la ereccion de la regencia de Maria Luisa. Designó á Ney y á Macdonald, refiriendo cómo pensó en Marmont al pronto y por qué renunció á enviarle. A Ney le halagó esta eleccion por extremo; Macdonald mostróse enternecido, por no haber figurado nunca entre los amigos personales del emperador.—Mariscal, le dijo Napoleón, por largo tiempo he tenido prevenciones en vuestra contra, mas ya sabéis que están destruidas. Conozco vuestra lealtad, y estoy seguro de que sereis el mas firme sostenedor de los derechos de mi hijo.—Al pronunciar estas palabras le tendió la mano, y Macdonald estrechóla vivamente entre las suyas, no sin prometer que justificaria la confianza que el emperador le testimoniaba al presente; promesa que muy pronto debia cumplir del modo mas noble. A pesar de haber ya renunciado Napoleón á enviar á Paris á Marmont, dejó á sus plenipotenciarios la libertad de llevarsele consigo al pasar por Essona, si creian de utilidad su presencia, reservándose en este caso nom-



brar para el puesto que ocupaba á otro; Terminadas estas explicaciones leyó Napoleón el acta siguiente que acababa de redactar por sí mismo. Habiendo proclamado las potencias aliadas que el emperador Napoleón era el único obstáculo para el restablecimiento de la paz en Europa, el emperador Napoleón, fiel á su juramento, declara que está pronto á descender del trono, á dejar la Francia y hasta á perder la vida, por el bien de la patria, inseparable de los derechos de su hijo, y de los de la regencia de la emperatriz y de las leyes del imperio. Dado en nuestro palacio de Fontainebleau el 4 de abril de 1814.

Habiendo recibido este documento una aprobación unánime, Napoleón tomó una pluma para estampar al pie su firma. Antes de poner su nombre, conociendo la gravedad de este paso, á pesar de los planes que abrigaba en secreto, poseído de un sentimiento aflictivo no por el trono, sino respecto de las eventualidades á que se iba á renunciar acaso, y pensando todavía en la situación en que se habían puesto los aliados por sobra de imprudencia, exclamó de este modo: — ¡Y sin embargo! — sin embargo, los batifiamos, si quisieramos! — Después de esta exclamación, que hizo bajar la cabeza á los presentes, firmó el acta, y puso en manos de Mr. de Caulaincourt, y despidió á sus tres embajadores, siempre mas inclinado á combatir que á negociar, y resuelto á interrumpir si cañonazos la nueva negociación, que se iba á celebrar en París, si los medios que preparaba no se le rompían entre las manos.

Acompañados de Mr. de Caulaincourt dejaron los mariscales al punto á Fontainebleau para ir á

presencia de los soberanos aliados. Por Essona debían pasar á fin de atenerse á las instrucciones de Napoleón, y de enviar á pedir al cuartel general del príncipe de Schwarzenberg un salvoconducto para cruzar por entre los puestos avanzados. Llegados á Essona á eso de las cinco de la tarde, hallaron allí efectivamente al mariscal Marmont, le dieron noticia de la misión que llevaban á cargo, y en que tenía autorización para ser parte. No sin gran sorpresa vieron al mariscal tibio, confuso y poco dispuesto á acompañarlos. Ah, el infeliz había caído en todos los lazos que se le estaban tendiendo ya hacia cuatro días!

Su antiguo ayudante de campo, Mr. de Montesuy, despachado el día antes, le había ya visto, y á las cartas del gobierno provisional había agregado sus propias exhortaciones. Fácil era á este enviado hablar sin duda, pues á semejanza del todo el alto comercio de París, del cual formaba parte, se hallaba convencido de que ya era tiempo de separarse de un gobierno arbitrario y desastrosamente belicoso, que había arrastrado á la Francia á un abismo de males, sin posibilidad de sacarla ya de su fondo. De mas de un modo se ingenió el agente del gobierno provisional para penetrar en su alma, cuyos desahogos le eran muy conocidos. Después de hablar al patriotismo de Marmont, habló á su vanidad, á su ambición. Con efecto, no omitió decir que Marmont en esta campaña se había cubierto de gloria; que fijaba la atención de Francia y de Europa; que era el único entre los mariscales que tenía bastante inteligencia política para comprender lo que exigían las circunstancias; que las circunstancias reclamaban separarse